

indujo á obrar así, fue uno de los misioneros dominicos llamado Fray Reginaldo de Pedraza, quien les hizo creer que este era el modo de conocer si eran esmeraldas verdaderas, porque las legítimas no se romperían. Obsérvese sin embargo, que el buen padre no sometió las que á él le tocaron á esta ingeniosa prueba; como de resultas de ella bajó considerablemente el valor de unas piedras que consideraban como vidrios de color, el padre se llevó consigo una gran colección de ellas á Panamá (1).

El oro y la plata que se había robado en las chozas de los indígenas, se reunió y depositó en un montón común, del cual se dedujo la quinta parte para la corona, y en seguida Pizarro distribuyó el resto en la proporción convenida, entre los oficiales y soldados de su ejército. Este fue el sistema constante que se observó durante la conquista. Los invasores tenían todos parte en una especulación común; su interés en ella era común, y si se hubiera dejado á cada cual saquear por su propia cuenta, se hubiera dado margen á la insubordinación y á constantes disputas. A todos pues se mandó bajo pena de muerte que entregasen lo que habían cogido, ya fuese por saqueo ya por cambios, para reunirlos á la masa común; y todos estaban demasiado interesados en la ejecución de la pena para dejar ninguna esperanza de librarse de ella al que tuviese la desgracia de violar la ley (2).

Pizarro, con su acostumbrada política, envió á Panamá una gran cantidad de oro, hasta el valor nada menos que de veinte mil castellanos, suponiendo que á la vista de este tesoro tan rápidamente adquirido, se desvanecerían las dudas de los que vacilaban y los incitaría á reunirse á su bandera (3). No se equivocó en este juicio. Como dice devotamente uno de los conquistadores, «fueron á dar en un pueblo que se decía Coaque, que fuese nuestro Señor servido topasen con él, porque con lo que en él se halló se acreditó la tierra y vino gente á ella (4).»

Habiendo dejado algún descanso á su tropa, Pizarro prosiguió su marcha por la costa, pero no ya acompañado por los buques, que habían vuelto á Panamá en busca de reclutas. A medida que adelantaba encontraba en el camino fajas arenosas, removidas por los vientos, y que cegaban á los soldados, al paso que presentaban á los de caballo y de á pie un piso vacilante y traidor. El reflejo del sol era insoportable; y sus rayos verticales, cayendo á plomo con fuerza intensa en las armaduras de hierro y en los justillos entretelados de espeso algodón, los encendía hasta

«A lo que se ha entendido, en las esmeraldas ovo gran yerro y torpedad en algunas personas por no conoscellas, aunque quieren decir que algunos que las conocieron las guardaron. Pero finalmente muchos vieron esmeraldas de mucho valor; vnos las probaban en yunque, dándolas con martillos, diciendo que si era esmeralda no se quebraría; otros las desprecaban, diciendo que era vidrio.» Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, Historia general, dec. IV, lib. VII, cap. IX.

(2) «Los españoles las recogieron y juntaron el oro y la plata, porque así estaba mandado y ordenado, so pena de la vida el que otra cosa hiciese, porque todos lo habían de traer á montón para que de allí el gobernador lo repartiese, dando á cada uno conforme á su persona y méritos de servicios; y esta orden se guardó en toda esta tierra en la conquista de ella, y al que se hallare oro ó plata escondido muriera por ello, y deste modo nadie osó escondello.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) El botín fue grande en verdad, si como dice Pedro Pizarro, uno de los conquistadores que lo vieron, valía 200,000 castellanos de oro. «Aquí se halló mucha chaquirá de oro y de plata, muchas coronas hechas de oro, á manera de imperiales, y otras muchas piezas en que se evaluó montar mas de doscientos mil castellanos.» (Descub. y Conq., MS.) Naharro, Montesinos y Herrera se contentan con decir que envió en los buques á Panamá veinte mil castellanos.

(4) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

tal punto que las desmayadas tropas casi se ahogaban de calor. Para aumentar sus desgracias, atacó al pequeño ejército una singular enfermedad epidémica. Tomaba la forma de úlceras, ó mas bien de horribles berrugas de gran tamaño que cubrían el cuerpo, y cuando se abrían con lanceta, como sucedió en algunos, echaban tal cantidad de sangre que de sus resultas moría el enfermo. Varios murieron de esta horrible enfermedad, tan rápida en su ataque, acompañada de tal desfallecimiento de fuerzas, que los que se acostaban buenos de noche, amanecían sin poder siquiera llevarse la mano á la cabeza (5). Esta epidemia, que se presentó por primera vez durante esta invasión, y que no duró mucho despues de terminada, se extendió por todo el país, y fue tan fatal en sus ataques para el indígena como para el blanco (6). Fue una de esas plagas que el ángel destructor que sigue los pasos del conquistador, derrama en su ira en medio de las desgraciadas naciones.

En su marcha pocas veces experimentaron los españoles resistencia ni incomodidad por las hostilidades de los habitantes, que alocados por el ejemplo de Coaque, huían con sus efectos á los bosques y á las montañas mas próximas. Nadie salía á felicitar á los extranjeros y á ofrecerles los auxilios de la hospitalidad, como sucedió en su último viaje á este país, porque ya no se consideraba á los blancos como seres superiores bajados del cielo, sino como azotes destructores, que, invulnerables á los ataques de los indios, iban montados en animales feroces, mas rápidos que el viento, y llevaban armas que esparcían el fuego y la ruina por todas partes. Tales eran las noticias de los invasores que ahora circulaban, y que precediéndolos por todas partes, les cerraban los corazones, si no las puertas de los indios. Exhaustos por el cansancio del viaje y por las enfermedades, y desanimados por la pobreza del país, que ahora no compensaba con nada sus trabajos, los soldados de Pizarro maldaban la hora en que se alistaron bajo su bandera, y particularmente los de Nicaragua, dice el cronista antiguo, trayendo á la memoria la mansión agradable de aquel rico país, solo suspiraban por volver al paraíso de Mahoma que habían abandonado (7).

En esta situación recibió la tropa algún consuelo al descubrir un buque que venía de Panamá, que les traía mas provisiones, y además el tesorero real, el veedor ó inspector, el contralor, y otros altos funcionarios nombrados por la corona para que acompañasen á los conquistadores. Pizarro los había dejado en España, de resultas de su marcha brusca y repentina; y al saber esto el consejo de Indias, mandó instrucciones á Panamá para que no se permitiese la salida de aquel puerto de la expedición. Pero el gobierno español, mas sabio y mas prudente, revocó la orden, y solo exigió á los funcionarios que activasen su partida, y fueran sin pérdida de tiempo á ocupar su puesto en la expedición.

Los españoles en su marcha habían llegado ya hasta Puerto Viejo. Allí se les reunió otro pequeño refuerzo de unos treinta hombres, mandados por un oficial llamado Belalcázar, que posteriormente subió á grandes puestos y distinción en este servicio. Muchos de los compañeros de Pizarro hubieran deseado detenerse en este punto y establecer en él una colonia. Pero el jefe pensaba mas en conquistar que en

(5) Naharro, Relacion sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1530.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. I, cap. XV.

(7) «Aunque ellos no ninguno por haber venido, porque como habían dejado el paraíso de Mahoma que era Nicaragua y hallaron la isla alzada y falta de comidas y la mayor parte de la gente enferma y no oro ni plata como otras habían hallado, algunos á todos se holgaran volver adonde habían venido.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

colonizar, á lo menos en aquellos primeros tiempos; y se proponía, como primer paso, apoderarse de Tumbez, que consideraba como la puerta del imperio peruano. Prosiguiendo por consiguiente su marcha hasta las costas de lo que ahora se llama el golfo de Guayaquil, llegó al frente de la pequeña isla de Puná, situada no á gran distancia del puerto de Tumbez; y pensó que esta isla le ofrecería un punto conveniente para acampar hasta que lo tuviese todo dispuesto para apoderarse de la ciudad india.

Las disposiciones de los naturales parecieron ser muy favorables á su propósito. No hacía mucho tiempo que se encontraba en aquellos parajes, cuando una diputación de los indígenas, presidida por el cacique, pasó al continente en sus balsas para invitar á los españoles á trasladarse á su territorio. Pero los intérpretes indios de Tumbez, que habían vuelto con Pizarro de España, y que seguían en su servicio, le dijeron que se pusiese en guardia contra la meditada traición de los isleños, á quienes acusaron de querer deshacerse de los españoles cortando las cuerdas que sujetaban los maderos de las balsas y dejándolos así yecer en las olas. Sin embargo, el cacique, cuando Pizarro lo acusó de haber meditado tan pérfido proyecto, lo negó con aire de tanta sinceridad é inocencia, que sin vacilar mas el español se confió á él con los suyos, y todos fueron trasportados con seguridad completa á la isla.

Aquí fueron recibidos los españoles con mucha hospitalidad, y las tropas encontraron cómodo alojamiento. Satisfechos con su situación, Pizarro determinó permanecer en ella hasta que hubiera pasado la fuerza de la estación de las aguas, época en que esperaba recibir refuerzos que pudiesen mas elementos en su mano para penetrar en el imperio del Inca.

La isla que está en la embocadura del río de Guayaquil tiene unas ocho leguas de largo y cuatro de ancho en su parte mas ancha, y en aquella época estaba cubierta en parte con una arboleda magnífica. Pero otra muy considerable estaba cultivada, y había en ella plantíos de cacao, de batata y de los diferentes productos de los climas tropicales, que probaban conocimientos agrícolas y amor al trabajo en la población. Era esta una raza muy belicosa, que había recibido de sus enemigos peruanos la calificación de *pérfida*. Quizás no tendrían mas razón que los habitantes del Perú los historiadores romanos para infamar á sus enemigos cartagineses con el mismo epíteto. Los isleños, audaces é independientes, opusieron una tenaz resistencia á las armas del Inca; y aunque por fin habían cedido, siempre habían estado en disputas, á veces acompañadas de sangrientas hostilidades, con sus vecinos de Tumbez.

Apenas supieron estos últimos la llegada de Pizarro á la isla, cuando, confiando sin duda en sus antiguas relaciones amistosas con él, pasaron en gran número á su campamento. La presencia de sus rivales aborrecidos no fue nada grata á los celosos habitantes de Puná, al paso que la prolongada permanencia de los blancos no podía dejar de serles onerosa. En su conducta anterior aun no hacían alarde de sentimientos amistosos; pero los intérpretes de Pizarro volvieron á ponerlo en guardia contra la perfidia proverbial de los isleños. Suscitadas ya sus sospechas, supo el comandante español que algunos gefes se habían reunido para deliberar sobre un plan de insurrección. No queriendo esperar á que reventase la mina, rodeó el punto de reunión con sus soldados, y se apoderó de los gefes sospechosos. Segun un escritor, confesaron su culpa (1). Esto está lejos de ser positivo, ni tampoco lo es que meditasen un levantamiento. Sin embargo, el hecho en sí no es improba-

(1) Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 185.

ble, aunque aumenta poco los grados de probabilidad el testimonio de los intérpretes enemigos. Lo cierto es que Pizarro se convenció de que la conspiración existía; y sin vacilar un instante, entregó sus desgraciados prisioneros, que eran diez ó doce, en manos de sus rivales de Tumbez, á quienes estaban muy lejos de inspirar compasión, y que por consiguiente los mataron en el acto en su presencia (2).

Enfurecidos con este ultraje, los habitantes de Puná acudieron á las armas, y con furiosos gritos y con las amenazas mas salvajes de la desesperación, atacaron inmediatamente el campamento de los españoles. El número estaba sin comparación alguna en favor de ellos, porque tenían algunos miles de combatientes. Pero la superioridad mas decisiva de la disciplina y de las armas, estaba por parte de sus contrarios; y cuando los indios se lanzaban al ataque en masas confusas y desordenadas, los castellanos los recibían impasibles en sus largas picas, ó los diezaban con descargas de fusilería. Por sus cuerpos indefensos penetraban muy fácilmente las agudas espadas de los españoles; y poniéndose Hernando Pizarro á la cabeza de la caballería, cargó á los enemigos con valor y audacia, y los dispersó completamente por los campos hasta que aterrados por el terrible aspecto de los ginetes cubiertos de acero, y por el estampido atrozador y los relámpagos que lanzaban las armas de fuego, los fugitivos se refugiaron en lo mas profundo de sus bosques. Sin embargo, si hemos de creer á los vencedores, el triunfo se debió en parte á la intervención del cielo; porque se vió en los aires por encima de los combatientes á San Miguel luchando con el enemigo del hombre, y alentando á los cristianos con su ejemplo (3).

No pasaron de tres ó cuatro los españoles que perecieron en este combate; pero hubo muchos heridos y entre ellos Hernando Pizarro, que fue herido de mucha consideración en una pierna con una javelina. Ni terminó aquí la guerra; porque los implacables isleños aprovechándose de la noche ó de cualquiera descuido de los invasores, siempre estaban listos á salir de sus guaridas y á atacar el campamento enemigo, mientras que sorprendiendo á sus partidas sueltas y destruyendo sus viveres, lo tenían en un estado de perpétua alarma.

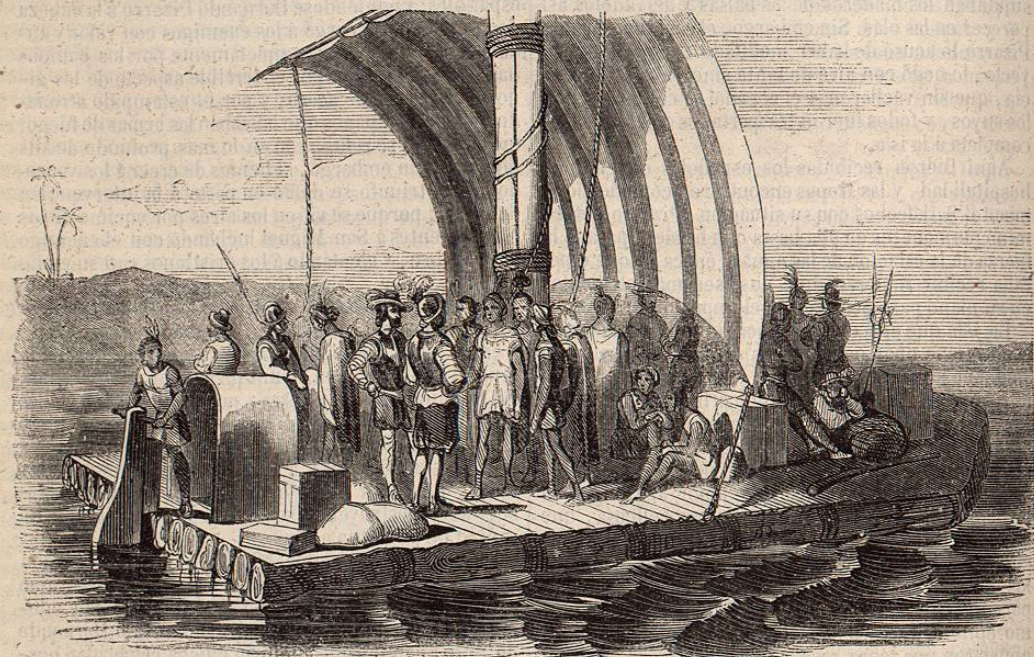
En esta desagradable situación Pizarro vió con gusto la llegada de dos buques á la isla. Estos traían un refuerzo que consistía en cien voluntarios y además caballos para la caballería. Mandábalo Hernando de Soto, capitán que adquirió mucha celebridad posteriormente por el descubrimiento del Misisipi, que aun arrastra su magestuosa corriente sobre el sitio en que está enterrado, digno monumento para sus cenizas, así como lo es de su fama (4).

(2) «Y el marques don Francisco Pizarro, por tenellos por amigos y estuviesen de paz quando allá pasasen, les dió algunos principales, los cuales ellos mataban en presencia de los españoles, cortándoles las cabezas por el cogote.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(3) La ciudad de San Miguel fue así llamada por Pizarro en memoria de este acontecimiento, y algunos creen que la existencia de semejante ciudad es prueba suficiente de la verdad del milagro.—«En la batalla de Puná vieron muchos, ya de los indios, ya de los nuestros, que había en el aire otros dos campos, uno acudillado por el arcángel San Miguel con espada y rodela, y otro por Luzbel y sus secuaces, mas apenas cantaron los castellanos la victoria, huyeron los diablos, y formando un gran torbellino de viento, se oyeron en el aire unas terribles voces que decían: ¡Vencistenos, Miguel, vencistenos! De aquí tornó don Francisco Pizarro tanta devoción al arcángel, que prometió llamar la primera ciudad que fundase de su nombre, cumpliolo así, como veredes adelante.» Montesinos, Anales, MS., año 1530.

(4) Refieren con mas ó menos estension los sucesos ocurridos en Puná, Naharro, Relacion sumaria, MS.—Conquista y Pob. del Perú, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Montesinos, Anales, MS., ubi supra.—Relacion del primer

Este refuerzo fue muy oportuno y muy agradable á Pizarro, que estaba ya muy disgustado con su posición en la isla, donde no hallaba nada que compensase la vida de hostilidad incesante á que se veía condenado. Con estos reclutas, sesentia con bastante fuerza para pasar al continente y para volver á emprender sus operaciones militares en el verdadero teatro de los descubrimientos y de la conquista. Por los indios de Tumbes supo que hacia algun tiempo que el país se hallaba agitado con una guerra civil entre dos hijos del último monarca, competidores al trono. Pizarro consideró esta noticia como cosa de la mayor importancia, porque recordaba el uso que habia hecho Cortés de disensiones análogas entre las tribus de Anahuac. Es verdad que Pizarro parece haberse propuesto por modelo y ejemplo á su gran predecesor en muchas ocasiones además de esta. Pero se quedó á mucha distancia de su modelo; porque á pesar del freno que á veces se imponía á sí mismo, su naturaleza mas grosera y su carácter mas feroz rom-



Los españoles trasportados en una balsa á la isla de Puná.

Yupanqui, uno de los mas célebres «hijos del Sol», que llevando las armas del Perú al través de los ardientes arenales de Atacama, penetró en los remotos límites de Chile, mientras que en la opuesta dirección estendia su imperio con la adquisición de las provincias meridionales de Quito. Su hijo Huayna Capac dirigia la guerra por esta parte, y sucediendo á su padre en el trono, llegó á ser tan grande como él en fama militar y en capacidad para el gobierno del país.

Bajo el mando de este príncipe, todo el poderoso estado de Quito, que rivalizaba con el mismo Perú en riqueza y civilización, fue sometido al cetro de los Incas; cuyo imperio recibió por medio de esta conquista el incremento mas considerable que habia tenido desde la fundación de la dinastía de Manco Capac. Los últimos dias del monarca victorioso se

descub., MS. — Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III págs. 182, 185.

pian á menudo todos estos lazos y lo inducian á observar una conducta diametralmente opuesta á la que una política prudente le indicaba, y que jamas hubiera aprobado el conquistador de Méjico.

CAPITULO II.

El Perú en la época de la conquista. — Reinado de Huayna Capac. — Los hermanos del Inca. — Disputa sobre el imperio. — Triunfo y crueldades de Atahualpa.

ANTES de acompañar á Pizarro y á sus compañeros al país de los Incas, conviene manifestar al lector la situación crítica del reino en aquella época; porque los españoles llegaron cabalmente en el momento de consumarse una importante revolución, en una crisis de las mas favorables á sus proyectos, y sin cuyo auxilio la conquista, con un puñado de soldados como el que iba á emprenderla, no se hubiera podido llevar á cabo jamas.

En la última parte del siglo xv murió Tupac Inca

emplearon en someter á las tribus independientes que ocupaban los remotos límites de su territorio, y aun mas en consolidar sus conquistas introduciendo en ellas las costumbres y la civilización peruana. Ocupóse activamente en completar las grandes obras de su padre, especialmente los caminos que unian á Quito con la capital. Perfeccionó el establecimiento de los correos, trabajó mucho por introducir el dialecto Quichua en todo el imperio, mejoró la agricultura, y en una palabra dió estímulo á los diferentes ramos de la industria doméstica y desarrolló varios planes ilustrados que habian concebido sus predecesores para mejorar la condición de su pueblo. Bajo su mando la monarquía peruana llegó á su período mas brillante; y tanto bajo su cetro como bajo el de su ilustre padre, estaba avanzando tan rápidamente en la carrera de la civilización, que pronto hubiera llegado al nivel de las naciones mas civilizadas del Asia, ofreciendo quizas al mundo una prueba mas elevada del punto á que puede llegar la capacidad del indio ame-

ricano, que las que se han encontrado en el resto del gran continente occidental. Pero otro destino, y muy triste por cierto, era el que el porvenir destinaba á las razas indias.

La primera llegada de los blancos á las costas del Pacífico en la América del Sur ocurrió unos diez años antes de la muerte de Huayna Capac, cuando Balboa atravesó el golfo de San Miguel y obtuvo la primera

noticia inteligible del imperio de los Incas. No se sabe si llegaron á oídos del monarca indio rumores de estas aventuras. No hay duda sin embargo que tuvo noticias de la primera expedición á las órdenes de Pizarro y Almagro, cuando este último penetró hasta el río de San Juan, como á unos cuatro grados al Norte. Los informes que recibió hicieron mucha impresion en el ánimo de Huayna Capac, porque descubrió en el



Hernando Pizarro herido en Puná.

valor formidable y en las armas de los invasores pruebas de una civilización muy superior á la de su pueblo. Manifestó sus temores de que volviesen, y que en alguna época no muy remota quizas, fuese conmovido el trono de los Incas por estos extranjeros que disponian de un poder tan incomprensible (1). Para la vista vulgar, no era mas que un punto en el remoto horizonte; pero la del sagaz monarca parecia descubrir en él el germen de la tormenta que habia de estenderse y desarrollarse hasta reventar en toda su furia sobre su nación.

Hay motivos para creer que esto sea verdad. Pero en otras relaciones, aceptadas por el vulgo, se refiere que la primera aparición de los blancos en el país estaba de acuerdo con antiguas predicciones, y que coincidió con ocurrencias sobrenaturales que llenaron de pavor á todos los peruanos. Viéronse cruzar cometas de siniestra luz por los cielos. Los terremotos se multiplicaron; la luna se vió rodeada de círculos de fuego de muchos colores; un rayo cayó en uno de los alcázares reales y lo convirtió en cenizas; y se vió sobre la gran plaza del Cuzco una águila perseguida por varios halcones, gritando asustada, que al cabo cayó, herida de muerte por las garras de sus enemigos, en presencia de muchos nobles Incas, que vieron en este hecho un triste agüero de su propia destrucción. El mismo Huayna Capac, cuando conoció que iba á morir, convocó á sus grandes dignatarios, y les anunció la destrucción del imperio por esa raza de extranjeros blancos y con barbas, como el cumplimiento de lo que habian pronosticado los orá-

(1) Sarmiento, cuyo testimonio es siempre de mucho peso, dice que le refirió esto mismo un noble de la raza Inca que lo oyó. Relacion, MS., cap. LXV.

culos para despues del reinado del duodécimo Inca, mandándoles al mismo tiempo que no resistiesen á la voluntad del cielo, sino que se sometiesen á sus representantes (2).

Tal es la impresion que causó la llegada de los españoles á aquel país, lo que nos recuerda los sentimientos idénticos de terror supersticioso que causó su presencia en Méjico. Pero las tradiciones de este último país descansan en testimonios mucho mas sólidos que las del Perú, que no estando apoyadas por autoridades contemporáneas, dependen exclusivamente del dicho de un escritor hijo de aquel país, que sin duda creyó encontrar en los inevitables decretos del cielo la mejor escusa de la indolencia de sus paisanos.

No es improbable que se estendiesen gradualmente rumores de la llegada de una raza extraña y misteriosa por todas las tribus indias que ocupaban las grandes llanuras elevadas de las cordilleras, y que hiciesen estremecer el corazón de los guerreros mas valientes con sentimiento de terror indefinido, como si anunciasen alguna próxima calamidad. Estando en semejante situación los ánimos, era natural que las convulsiones físicas á que está particularmente es-

(2) Garcilasso de la Vega da en su obra una relacion minuciosa de todas estas ocurrencias sobrenaturales. (Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XIV.) La situación de este escritor le abria la fuente de todas las noticias mas exactas, ventaja equilibrada con exceso por los defectos de su carácter, por su infantil curiosidad, y por su deseo de abultar todo lo relativo á su clase y aun á su nación. Su obra es el origen de casi todos los hechos, y tambien de casi todas las mentiras que han circulado en el mundo sobre los peruanos antiguos. Por desgracia en época tan remota no es fácil distinguir lo uno de lo otro.